

# TEORÍA

## EL PODER DEL LÍDER, EL PODER DEL SÍNTOMA, EL PODER DE TRANSFERENCIA

### **Alberto Loschi.**

Médico psicoanalista; Virrey Loreto 1520 1ª B; Tel/Fax: 4784 7611; aloschi@arnet.com.ar

Al considerar 'el poder' desde el psicoanálisis y preguntarnos qué lo determina encontramos en Freud una guía para avanzar en la cuestión.

En obras como "Tótem y Tabú", "Psicología de las masas y análisis del yo", "Más allá del principio del placer" y otras da las pistas que indican por dónde comenzar a abordar el tema.

El 'primer' poder es ejercido por un mítico padre todopoderoso "*que guarda para sí a todas las mujeres y expulsa a sus hijos a medida que crecen*" (2). Ese padre odiado es luego asesinado y devorado por el clan de hermanos. El poder vacante no es asumido a continuación por alguno de los hijos y en su lugar surge la violencia, la discordia y rivalidad en el clan de hermanos, amenazando la disgregación del mismo. Es como si la violencia que contenía y administraba arbitrariamente ese padre mítico se desparramara, luego de su muerte, como una peste sobre los hijos.

Psicoanalíticamente podemos explicarlo postulando que la pulsión de muerte contenida por el padre, con su asesinato, se vuelca amenazante sobre los hijos. Aparece entonces la institución del tótem, que conmemora a ese padre muerto, como aquello capaz de volver a contener la pulsión de muerte, logrando con ello la unión del grupo.

Ese tótem simboliza al padre muerto y encarna su reaparición. El peligro latente que sobrevendría en caso de desaparecer es conjurado por la interdicción de su asesinato y el acatar retrospectivamente la prohibición de poseer la mujer codiciada que ese padre prohibía mientras vivía. De tal modo "*el muerto adquirió un poder mucho mayor del que había poseído en vida*" (2).

Ese tótem, que contiene al padre muerto, se vuelve “*sacer*”, tabú. Debe ser adorado. El ‘contacto’ con el mismo es tabú así como también las cosas que él prohíbe. Profanarlo amenaza con liberar nuevamente la pulsión de muerte que contiene.

Cada vez que el grupo se sienta amenazado por la desgracia deberá repetirse ese ‘asesinato’ en un ritual sacrificial donde el sacrificado se convierta en reservorio de la pulsión de muerte que acosaba al grupo. Eso era el “*pharmakos*”, que se celebraba periódicamente en aras de salvaguardar la cohesión grupal. Así explica Freud el origen de la religión.

Concluimos que el poder de aquél padre mítico, como el del tótem que lo sustituye, está dado por ser aquello que contiene pulsión de muerte. El grupo acata a esa figura en la medida en que puede ‘devolver muerte’.

Aquellos que podían tomar ‘contacto’ con el tabú sin morir por ello, se cargaban de ‘*maná*’ y adquirirían de tal modo poder sobre el resto. Es lo que define al líder y lo habilita para ser mediador entre el grupo y el tabú (incesto y muerte).

La figura de Moisés ejemplifica lo dicho. El pueblo judío no podía tomar contacto directo con dios (el padre muerto) so pena de morir. Moisés, que sí podía hacerlo, adquiría por ‘contacto’ ese poder sobre el grupo oficiando de mediador.

Así postula Freud en “*Psicología de las masas y análisis del yo*” (3) que el líder es aquél capaz de contener la pulsión de muerte de las masas y, en la medida en que lo hace, logra la unión del grupo.

Pero, a partir de allí, tal líder lleva una carga peligrosa que debe poder administrar, lo que no siempre consigue y es común que no lo haga. Eso explica la frecuencia con la que tales líderes llevan a la destrucción. ‘Separan’ la pulsión de muerte pero, a la vez, terminan convocándola.

Trasladando esta estructura mítica a un lenguaje metapsicológico podemos enhebrar la inhibición, el síntoma y la angustia.

La inhibición es el reflejo de la prohibición de tomar ‘contacto’ con el tabú (incesto y muerte); la angustia es la respuesta a ese ‘contacto’ y el síntoma, como Moisés, aquello que oficia de mediador, protegiendo de la angustia.

Ese sería ‘el poder’ del síntoma al que el sujeto queda sometido y que lleva a que éste acuda en búsqueda de un nuevo mediador; el psicoanalista.

## **El poder del analista**

De acuerdo a lo dicho, en la raíz del síntoma está el tabú (incesto y muerte) y la figura que lo contiene: el padre muerto.

El análisis que hace Freud de la fobia de Juanito resulta un buen ejemplo de esto. El ataque de angustia, recordamos, aparece en el momento del ‘contacto con el tabú’ –incesto y parricidio-, esa tarde en que pasea solo con su madre. Luego se establece el síntoma “*que se antepone a la angustia como si fuera un fortín*” (Freud), la fobia al caballo. Y la zoofobia en el neurótico, como Freud mismo lo indica, guarda relación con el tótem de las tribus primitivas; remiten al padre muerto y su poder de interdicción que, al precio de una inhibición, protege de la angustia.

Más allá de la singularidad del síntoma en cada sujeto, lo expuesto es un carácter común al mismo. Ese es el poder del síntoma del que queda esclavo el neurótico. Dependerá de la idoneidad del psicoanalista que en el encuentro con el paciente sepa tomar ‘contacto’ con el ‘tabú’. De la medida en que lo haga resultará el ‘*maná*’, la transferencia que reciba.

La persona del analista sustituye así a la figura del padre muerto y se carga de ese poder que le permitirá, llegado el caso, suprimir el síntoma y sustituir la neurosis original por la neurosis de transferencia.

El estrato basal de esta última se sostiene en la figura del ideal, receptáculo de pulsión de muerte y condición de poder.

En su estructura es la misma clase de poder que la del líder, del tirano, del hipnotizador o del brujo. Es en este punto que cobra relevancia la responsabilidad y ética del psicoanálisis que se plantea como cuestión el gobierno y administración de ese poder.

Dado el caso ese poder puede ser inmenso y el ejercicio del mismo dar la capacidad de resolver síntomas psíquicos y somáticos. El analista ocupa así el lugar del salvador respecto del cual, ya en aquel entonces, Freud nos prevenía.

Es así como el líder que administra indiscriminadamente ese poder puede llevar a su pueblo a la destrucción. Del mismo modo, un psicoanálisis, en parecidas circunstancias, desembocar en la reacción terapéutica negativa.

La alternativa, que hace a la responsabilidad y ética del psicoanálisis, es propender y promover una nueva sustitución en ese poder. Éste debe alcanzar a pasar de la figura del analista a la palabra.

Entiéndase bien, en la medida en que el poder resida en la figura del analista éste se trasmite automáticamente a su palabra, pero en este caso la palabra es sólo el instrumento, supeditado a la 'figura' que es donde sigue residiendo el poder.

Esto explica que cualquier 'locura' volcada en las palabras de un líder (o un analista) sea acatada por su pueblo (o su paciente). No es ese el poder de la palabra al que nos referimos.

El genuino poder de la palabra es llegar a prescindir de la 'figura' y sustituir a ésta.

Ello requiere encuadrarse en una 'lógica' de la palabra y ser consecuente con ella. Tal 'lógica' es la que apunta a la palabra capaz de atravesar la inhibición, el síntoma y la angustia. La tarea se cumple en la medida en que el paciente puede hacerse agente activo de esa 'palabra' y es en ese sentido en que podemos entender lo que en psicoanálisis se llama 'resolución de la transferencia'. No es tanto una supresión de la misma como una sustitución del poder de la 'figura' por el poder de la 'palabra'.

En ese sentido la historia del pueblo judío vuelve a ser ejemplar.

Moisés lleva su pueblo a la tierra prometida pero, paradójicamente, si hay un pueblo que se ha visto privado de tierra ese es el pueblo judío; sin embargo la fuerza y cohesión de este pueblo se mantiene a lo largo de milenios.

¿Qué pasó con la tierra prometida?

Obtenemos otra perspectiva si pensamos que la tierra prometida a la que el pueblo tiene acceso no tiene que ver con la cosa 'tierra' sino con la palabra. El pueblo judío habita la palabra, esa es la tierra prometida.

Una vez logrado el difícil acceso a la tierra de la palabra deja de ser necesaria la figura que oficiaba de mediador: Moisés.

Si el ideal actúa por el poder de la imagen, de él se distingue el poder de la palabra.

Lo dicho nos lleva a una reflexión sobre la democracia. Sería falaz considerar a ésta como el gobierno de las mayorías (el gobierno del pueblo). Por lo expuesto bien sabemos que la imagen de un líder puede reducir la voluntad de millones a una sola, la de él. El descuido de no considerar la distinción entre el poder de la imagen y el poder de la palabra (que prescinde de la imagen) posibilita esta 'proeza' matemática de transformar la voluntad de millones en una sola. Al sustituir el poder de la imagen por el poder de la palabra, la democracia accede a

su genuino valor: el de una 'parlamentocracia'. De allí que todo líder con aspiraciones de tirano procure suprimir el parlamento, la palabra.

Cabe entonces precisar en qué reside la distinción entre 'imagen' y 'palabra'.

El poder de la imagen se sostiene en el ideal y, como dijimos, el ideal es reservorio de pulsión de muerte. En ese sentido es semejante al tabú y, por su carga, genera un lazo de servidumbre. Sabemos que durante el tiempo que el analista encarna el ideal tiene un carácter tabú para el paciente.

La figura del ideal no resuelve la inhibición, el síntoma y la angustia, sólo los desplaza.

El ideal, como el tótem, simboliza al padre muerto. La palabra guarda otra relación con el padre muerto: es su metáfora.

¿Es posible en base a lo dicho sugerir una distinción ente símbolo y metáfora?

¿Plantear que en el símbolo predomina la imagen mientras que la metáfora es de la palabra?

Sin pretender ahondar en tal cuestión vale, no obstante, jerarquizar en este punto ciertas consideraciones que se han hecho sobre la metáfora a los fines de aclarar su papel en el lenguaje.

Así dice Ortega que la metáfora sustituye una cosa por otra, no tanto para llegar a ésta, como para huir de aquella. Y en el mismo sentido refiere Werner que la palabra, como metáfora, es un nombre sustitutivo para lo que no debe nombrarse; el tabú (1)

Considerada así, la palabra escondería, sepultado en su raíz, aquello a lo que alude; como metáfora del padre muerto lo mantiene sepultado. Es el carácter apotropaico de la palabra, que alejándose guarda en sí aquello de lo que se aleja y que posibilita al sujeto, al hacerse agente activo de la misma, atravesar la inhibición, el síntoma y la angustia. La tierra prometida por el análisis es la palabra considerada en este sentido, y cuando se ha llegado a ella, el analista, como Moisés, deja de sostenerse en el ideal.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- 1) Agamben, G. Estancias Pre-textos
- 2) Freud, S. Tótem y Tabú A.E. T XIII
- 3) “ Psicología de las masas y análisis del yo A.E. T XVIII
- 4) Loschi, A. El poder, el ideal, la palabra La Peste de Tebas Nº 14
- 5) “ El laberinto de la voz La Peste de Tebas Nº 44

## RESUMEN

### EL PODER DEL LÍDER, EL PODER DEL SÍNTOMA, EL PODER DE TRANSFERENCIA

Alberto Loschi

#### **Pulsión de muerte – Ideal - Síntoma - Palabra**

El trabajo se interroga sobre las fuentes del poder. A partir de consideraciones de Freud vertidas en “Tótem y tabú” y “Más allá del principio del placer” identificamos esa fuente con el incesto y la pulsión de muerte. Freud remite el tabú de contacto al incesto y la muerte. También plantea que aquel del grupo que puede tener contacto con el tabú se carga de maná (poder).

El líder sería aquél que habiendo tomado contacto con el tabú (incesto-muerte) se convierte en mediador entre el grupo y el tabú (incesto-muerte). El ejemplo de Moisés es esclarecedor de lo que decimos.

Desde aquí reflexionamos sobre el poder del síntoma y el poder de la transferencia.

El síntoma, como Moisés, es un intermediario ante la angustia (contacto con el incesto). El poder del analista en transferencia brota del acto que lo extrae del síntoma. Se infiere que el poder del líder, el del síntoma y el del analista en transferencia se sostienen en el ideal. Esto lleva a preguntarnos en qué se distingue el analista del líder y del síntoma.

Postulamos que lo que distingue el poder del analista es la función que lo lleva a derivar ese poder mediador desde el ideal a la palabra.

Por último reseñamos las diferencias entre el poder del ideal y el poder de la palabra en cuanto a funciones mediadoras.

“La tierra prometida” por el análisis es la palabra y cuando se ha llegado a ella, el analista, como Moisés, deja de sostenerse en el ideal.